

## CAPITULO V.

Hacia una hora ya que Murat y la columna larga, y apretada de su caballería invadían Moscou, y se internaban en aquel cuerpo agigantado, intacto todavía pero inanimado. Pasmados de asombro á la vista de aquella extremada soledad, correspondían á la magestuosa taciturnidad de aquella nueva Tebas con un silencio igualmente solemne. Aquellos guerreros escuchaban con un interior estremecimiento, que únicamente las pisadas de sus caballos resonaban en medio de aquellos desiertos palacios, y extrañaban oír esto solo en el corazón de una tan populosa ciudad. Ninguno pensaba en detenerse ni saquear, sea prudencia, sea que las grandes naciones cultas se respetan á sí mismas en las capitales ene-

migas, á la vista de aquellos centros mayores de civilización.

En medio de su silencio, observaban aquella soberbia ciudad, tan notable ya si la hubieran encontrado en un pais rico y populoso, pero mucho mas asombrosa en aquellos desiertos. Era como una rica y sobresaliente Oasis. Les habia hecho eco al principio, el repentino aspecto de tantos palacios magníficos. Pero reparaban que estaban entremezclados de chozas: espectáculo que anunciaba el defecto de graduación entre las clases, y que el lujo no habia dimanado allí, como en las demas partes, de la industria, sino que era anterior á ella, mientras que en el orden natural no debia ser mas que una consecuencia suya mas ó ménos necesaria.

Reinaba allí mas especialmente la desigualdad; aquella desgracia de toda sociedad humana que produce la soberbia de los unos, el envilecimiento de los otros, y la corrupcion de todos. Y sin embargo un tan generoso abandono pro-



baba que semejante lujo excesivo, pero enteramente postizo todavía, no habia afeeminado á aquellos magnates.

Avanzaban en esta forma agitados de sorpresa unas veces, de lástima y otras y de un noble entusiasmo las mas de ellas. Muchos citaban los recuerdos de las famosas conquistas que la historia nos transmitió; pero era ensoberbecerse, y no para prever, porque se miraban como muy altos y exentos de toda comparación: habian dejado muy atras de sí á todos los conquistadores de la antigüedad. Estaban exaltados con lo que hay de mejor despues de la virtud, con la gloria. Venia despues la melancolía, sea extenuacion, consecuencia de tantas impresiones, sea efecto de una soledad producida por una desmesurada elevacion, ó de la region aerea en que errábamos sobre aquella cima, desde donde descubríamos la inmensidad, lo infinito en que nuestra fragilidad se extraviaba, porque cuanto mas uno se eleva, tanto mayor es el ho-

rizonte, y tanto mas echa de ver la nada suya.

De repente en medio de estos pensamientos que una lenta marcha favorecia, resuenan algunos fusilazos: la columna se detiene; su postreros caballos cubren todavía la campiña; su centro va pasando ya una de las mas largas calles de la ciudad, y su frente está tocando con el Kremlin. Parece que se hallan cerradas las puertas de esta fortaleza. Se oye salir una feroz gritería del recinto suyo; algunos hombres y mugeres de desagradable y atroz figura, se muestran enteramente armados en sus muros. Se desahogan con un indecente alborozo y horrendas execraciones. Manda Murat que se les hable con palabras de paz; las cuales fueron en balde, y hubo necesidad de echar abajo las puertas á cañonazos.

Se penetró medio de grado, medio por fuerza, hasta el sitio de aquellos desastrosos. Uno de ellos se abalanzó sobre



el rey, é intentó matar á un oficial suyo. Creyóse haber hecho lo suficiente con desarmarle, pero se arrojó de nuevo sobre su víctima, rodóla por tierra tratando de ahogarla, y como se sintió coger de los brazos, quiso todavía, despedazarla con sus dientes. Aquellos eran los únicos Moscovitas que nos habian aguardado, y que parecia que nos los habian dejado como una bárbara y salvaje prenda del ódio nacional.

Sin embargo, se echó de ver que aun esta rabia patriótica carecia de union. Quinientos reclutas, olvidados en la plaza de Kremlin, vieron este suceso sin comoverse, y se dispersaron á la primera intimacion. Mas adelante, se alcanzó á un convoy de víveres, cuya escolta arrojó las armas inmediatamente. Diversos millares de rezagados y desertores enemigos permanecieron voluntariamente en poder de la vanguardia. Dejó esta al cuerpo que la seguia el cuidado de recogerlos, este á otro y así consecutivamente; de modo

que quedaron libres en medio de nosotros, hasta que habiéndoles indicado el incendio y saqueo, su obligacion, y reuniéndolos á todos en un mismo ódio, se marcharon á incorporarse con Kutusof.

Murat, que el Kremlin no habia detenido mas que unos momentos, dispersó á aquella multitud que despreciaba. Activo, é infatigable como en Italia y Egipto, despues de andadas novecientas léguas y dadas sesenta batallas para llegar á Moscou, atravesó aquella soberbia ciudad sin dignarse parar en ella, y tomó arrogantemente y sin vacilar el camino de Voladimiro y Asia.

Se retiraban en aquella direccion muchos miles de cosacos con cuatro piezas de artillería. Fatigado Murat con aquella paz de un medio dia, mandó al punto que la rompiesen á carabinazos. Pero nuestros soldados de á caballo tenian por finalizada la guerra, pareciales que era Moscou el término de ella, y los puestos



avanzados de ámbos imperios repugnaban renovar las hostilidades. Habiéndose pasado una segunda orden, se correspondió á ella con igual hesitacion. Indignado últimamente Murat, mandó por sí mismo, y aquellos fuegos, con que parecia que amenazaba á la Asia, pero que no debian suspenderse hasta las orillas del Sena, comenzaron nuevamente.

---

CAPITULO VI.

---

No entró Napoleon hasta la noche en Moscou, y se detuvo en unas de las primeras casas del arrabal de Dorogomilow. Nombró allí por gobernador de aquella capital al mariscal Mortier, diciéndole: « Con especialidad, ningun saqueo! Me es vmd. responsable de ello con su cabeza, y defienda á Moscou contra todos.»

Fué triste aquella noche; se seguian diversos informes siniestros. Viniéron algunos Franceses, domiciliados en aquel pais, y aun un dependiente de policia para denunciar el incendio. El último enteró sobre todas las particularidades de su preparativos. Conmovido el emperador, buscó en balde algun reposo. Estaba llamando á cada instante, y mandaba que le repitiéran aquella infausta noticia. Se en-



tercaba todavía sin embargo en su incredulidad, cuando supo, hácia las dos de la noche, que se manifestaba el fuego.

Era en el palacio del Mercado, centro de la ciudad, y su mas rico barrio. Napoleon dió al punto varias órdenes, y las multiplicó. Habiendo amanecido, fué él mismo allá, y amenazó á la guardia joven y á Mortier. Enseñóle este mariscal diferentes casas cubiertas de hierro, que estaban enteramente cerradas, intactas todavía, y sin la mas leve fractura; y no obstante esto, ya estaban humeando. Volvióse muy pensativo Napoleon al Kremlin.

A la vista de aquel palacio, juntamente antiguo y moderno de los Romanofes y Rurikes, de su trono todavía en pie, de aquella cruz del Gran-Ywan, y de la mas bella parte sobre que el Kremlin domina, y que que las llamas, reducidas todavía al mercado, parece quieren respetar, renace en el corazon del emperador su primera esperanza. Esta conquista tiene lisongeada su ambicion, y le

oyen exclamar: «Estoy pues al cabo en Moscou, en el antiguo palacio de los zares! en el Kremlin!» y examina todas las particularidades con una curiosa y satisfecha soberbia.

Sin embargo, manda que le den razon de los recursos que la ciudad presenta, y absolutamente entregado á la esperanza en aquel breve momento, escribe palabras pacíficas al emperador Alejandro. Acababan de hallar en el hospital mayor á un oficial superior enemigo, al cual se dió el encargo de este pliego. Le acabó Napoleon, y partió tambien el Ruso al siniestro resplandor de las llamas del mercado. Este hubo de llevar la nueva de este desastre á su príncipe, que dió semejante incendio por única respuesta suya.

El dia favoreció los esfuerzos del duque de Treviso, que consiguió apagar fuego. Los incendiarios se mantuvieron ocultos. Se dudaba sobre la existencia de ellos. Finalmente, habiéndose dado severas órdenes, restablecido el orden, y



suspendido la inquietud, todos se fuéron á apoderarse de una casa cómoda ó de un suntuoso palacio, pensando encontrar en ellos un bienestar comprado con tan largas y excesivas privaciones.

Se habian establecido dos oficiales en una de las habitaciones del Kremlin. Podia desde allí abrazar la vista el norte y poniente. Una extraordinaria claridad los despertó hácia la media noche. Miran, y ven que las llamas ocupan ya diversos palacios, cuya elegante y noble arquitectura iluminan al principio, y hacen desplomarse bien pronto. Advierten que el viento del norte echa directamente aquellas llamas hácia el Kremlin, y los pone inquietos aquel recinto, en que reposaban lo selecto del egército y su gefe. Dánles temores tambien todas las casas circunvecinas, en que nuestros soldados, criados y caballos, fatigados y hartos, estan sepultados sin duda en un profundo sueño. Algunas pavesas encendidas y abrasados destrozos, volaban ya sobre

los tejados del Kremlin, cuando volviéndose el viento del norte hácia el poniente, les dió otra nueva direccion.

Aquietado entónces uno de aquellos oficiales sobre su cuerpo de egército, volvió á dormirse exclamando: « Esto les toca á los demas y no á nosotros. » Porque era tanta la incuria que resultaba de aquella multiplicidad de sucesos y desgracias en que uno estaba como estragado, y tanto el egoismo originadó de las fatigas y penas, que todo ello no dejaba á cada uno mas que la medida de fuerzas é ideas indispensables para su servicio y personal conservacion.

Sin embargo, despiértanlos otra vez vivos y nuevos resplandores; ven que otras llamas se elevan precisamente en la nueva direccion, que el viento del norte acababa de tomar hácia al Kremlin; y maldicen la imprudencia é indisciplina francesa, acusándola de este desastre. Pero semuda por tres veces así el viento del norte al poniente; y por otras tres aquellos fue-



gos adversos, vengadores, tenaces, y como encarnizados contra el cuartel imperial, se manifiestan activos en coger aquella nueva direccion.

A esta vista, se apodera de sus ánimos una sospecha mayor. ¿Habrian concebido los Moscovitas, instruidos de nuestra temeraria y negligente indolencia, la esperanza de abrasar con Moscou á nuestros soldados embriagados, fatigados, y soñolientos; ó mas bien se han atrevido á creer que envolverian en esta catástrofe á Napoleon; que la pérdida de este hombre equivalia ciertamente á la de capital; que era un resultado suficientemente grande para sacrificarle Moscou toda entera; que quizás el cielo, para acordarles una tan grande victoria, queria un tan grande sacrificio; y que últimamente habia necesidad de una tan inmensa pira para un tan inmenso coloso?

Se ignora si ellos tuviéron este pensamiento; pero fué necesaria la estrella del emperador para que no se realizase. En

efecto, no solamente el Kremlin encerraba, sin noticia nuestra, un almacen de pólvora, sino que tambien dormidas y colocadas negligentemente las guardias, en aquella misma noche habian dejado que todo un parque de artillería entrase y se estableciese bajo las ventanas de Napoleon.

Era el momento en que aquellas voraces llamas se despedian de todas partes, y con la mayor violencia, hácia el Kremlin; porque atraído sin duda el viento por aquella suma combustion, tomaba mayor impetuosidad por instantes. La flor del egército y el emperador estaban perdidos, si una sola pavesa de las que volaban sobre nuestras cabezas se hubiera puesto sobre un solo cajon: por lo que la suerte del egército entero dependió, durante muchas horas, de cada una de aquellas chispas que atravesaban los aires.

Ultimamente el dia, un dia opaco pareció, y vino á aumentar aquel grande



horror, á obscurecerle y quitarle su resplandor. Muchos oficiales se refugiaron en las salas del palacio; en donde llegaron á caer tambien de extenuacion y desesperacion, los gefes y Mortier mismo, vencidos por el incendio contra el cual luchaban treinta y seis horas hacia.

Callaban ellos, y nosotros nos acusábamos. Les parecia á los mas que la indisciplina y embriaguez de nuestros soldados habian comenzado aquel desastre, y que el tumulto le acababa. Nos mirábamos con una especie de repugnancia á nosotros mismos. El grito de horror que la Europa iba á dar nos atemorizaba. Nos abocábamos cabizbajos, y consternados con tan horrenda catástrofe: la cual manchaba nuestra gloria, nos arrancaba el fruto de ella, y amenazaba á nuestra presente y futura existencia; no éramos ya mas que un ejército de delincuentes de quienes el cielo y el mundo civilizado debian hacer justicia. No se salia de aquel piélago de pensamientos y furiosos arre-

batos que se experimentaban contra los incendiarios, mas que por medio de la ansiosa pesquisa de las noticias, las cuales todas comenzaban á imputar este desastre á los Rusos solos.

En efecto, diferentes oficiales llegaban de todas partes y todos iban acordes. Desde la primera noche, la del 14 al 15, un globo inflamado habia descendido sobre el palacio del príncipe Troubetskoi, y devorádole; lo cual servia de señal. Habian puesto fuego inmediatamente á la Lonja; vióse que diversos soldados de la policia rusa le atizaban con lanzas embreadas. En otra parte acababan de reventar diferentes bombas colocadas en las estufas de muchas casas; y habian herido á los militares que se estrechaban alrededor de ellas. Retirándose estos entónces á algunos barrios todavía en pie, habian ido á escoger otros refugios; pero estando ya para entrar en aquellas casas enteramente cerradas y desocupadas, habian oido salir una débil explosion de ellas; la que se



habia seguido de un humo ligero que se volvió espeso y negro inmediatamente. rojizo despues, color de fuego por último, y el edificio entero se habia hundido bien pronto en un piélago de llamas.

Todos habian visto que unos hombres muy malcarados, andrajosos, y algunas mugeres furiosas, andaban errantes entre aquellas llamas, y completaban una espantosa imagen del infierno. Embriagados estos desastrados y ufanos con el acierto de su maldades, no se dignaban ya ocultarse; recorrían triunfalmente aquellas abrasadas calles; los sorprendían armados de teas, y encarnizados en propagar el fuego; y para hacérselas soltar, era preciso echarles á tierra las manos á sablazos. Se decia que los gefes rusos habian desencadenado á aquellos bandidos para quemar Moscou; y que, en efecto, una tan grande y estremada resolucion solo habia podido tomarse por el patriotismo, y ejecutarse por el delito.

Dióse inmediatamente la orden de juzgar y pasar por las armas en el sitio á los incendiarios. El egército estaba en pie: la guardia antigua, que toda entera ocupaba una parte del Kremlin, habia tomado las armas; los patios estaban llenos de bagages, y caballos enteramente cargados; nos hallábamós abatidos con el asombro, cansancio, y desesperacion de ver la ruina de tan rico acantonamiento. Teniendo Moscou en poder nuestro, nos era pues preciso ir á pasar al sereno y en ayunas la noche en las puertas de la ciudad!

Miéntras que nuestros soldados luchaban todavía contra el incendio, y que el egército se disputaba aquella presa con el fuego, Napoleon cuyo sueño nadie habia osado turbar durante la noche, se despertó á la duplicada claridad del dia y las llamas. Irritóse en su primer impulso, y quiso dominar sobre este elemento; pero cedió prontamente, y detuvo sus pasos la presencia de la imposibilidad. Pasmado, cuando habia descargado



sus golpes sobre el corazón de un imperio, de hallar en él afectos diferentes de los de la sumisión y terror, se reconoció vencido y sobrepujado en resolución.

Aquella conquista, para la cual lo ha sacrificado todo, es como un fantasma que por sí mismo ha perseguido y creído coger; pero que ve que se desvanece por los aires en remolinos de humo y llamas. Le posee entónces, una extremada agitación, y uno le creeria devorado por los fuegos que le circundan. Por instantes se levanta, anda, y vuelve á sentarse atropelladamente. Recorre con veloz paso sus habitaciones; sus breves y vehementes ademanes descubren una cruel turbación; deja, vuelve á tomar, y otra vez deja una ocupación urgente, para asomarse á sus balcones y contemplar los progresos del incendio. Se le sueltan repentinas y breves exclamaciones á su oprimido pecho. « ¡Que horrendo espectáculo! ¡Ellos mismos son! ¡Tanto esplendor! ¡Que singular resolución! ¡Que hombres! ¡Son unos Escitas!»

Mediaba entre él y el incendio un terreno vasto, además del Moskwa y sus dos muelles, y sin embargo las vidrieras de los balcones en que él se apoyaba, estaban abrasadas ya, y el continuo trabajo de los barrenderos colocados en los tejados de hierro del palacio, no bastaba para apartar las numerosas pavesas encendidas que allí caían.

Corre en aquel instante la voz de que está minado el Kremlin: así lo han dicho varios Rusos y lo testifican diferentes escritos; algunos criados pierden con ello la cabeza de pavor, los militares esperan impasibles lo que la orden imperial y su destino decidirán; y el emperador responde únicamente á tanto sobresalto con la sonrisa de la incredulidad.

Pero Napoleón anda convulsivamente todavía, se para en todos los balcones, y mira que el formidable elemento devora con furia su sobresaliente conquista, se apodera de todos los puentes, de todos los pasadizos de su fortaleza, en la cual



le cerca y tiene como sitiado á el mismo, invade á cada instante los edificios circunvecinos, y estrechándole mas y mas, le reduce ultimamente al único recinto del Kremlin.

No respirábamos ya mas que humo y cenizas. Iba á anoecer, y la noche aumentaria con sus tinieblas nuestros peligros; el viento de equinoccio, de acuerdo con los Rusos, duplicaba su violencia. Vióse que acudieron entonces el rey de Nápoles y el príncipe Eugenio, los cuales unidos con el príncipe de Neufchatel, penetraron hasta la presencia del emperador y con sus ruegos, ademanes y arrodillados, le apuraron y quisieron arrancarle de aquella mansion de desconsuelo. Todo ello fue en balde.

Dueño últimamente Napoleón del palacio de los Zares, se obstinaba en no ceder aquella conquista, ni aun al incendio mismo, cuando el repentino grito de, « ¡el fuego está en el Kremlin! » va pasando de boca en boca, y nos arranca

del contemplativo estupor que nos tenia poseidos. Sale Napoleon para juzgar del peligro. Por dos veces acababa de ponerse y apagarse el fuego en la fábrica en que el se hallaba, pero estaba ardiendo todavía la torre del arsenal. Acaban de hallar á un soldado de la policia. Tráenle, y manda Napoleon que le interroguen en su presencia. Este Ruso es el incendiario; el cual ha egecutado su consigna á la señal dada por su gefe. Todo está pues condenado á la destruccion sin exceptuar el antiguo y sagrado Kremlin.

El emperador hizo un ademán de menosprecio y mal humor; se llevaron á aquel desdichado hácia el primer patio, en donde los enfurecidos granaderos le hicieron expirar á la violencia de sus bayonetas.